

755-756 OPUSCULUM CUADRAGÉSIMO NOVENO. SOBRE LA PERFECTA FORMACIÓN DEL MONJE.

ARGUMENTO.

El santo doctor saluda a su sobrino, el monje de Classe, y lo arma con consejos saludables contra las insidias del demonio. Primero le aconseja que en él resplandezcan la pureza del cuerpo, la templanza en el alimento, el estudio de la oración, la humildad del alma y la virtud de la obediencia. Luego le ruega que evite la convivencia con mujeres, que no use de artificios verbales en las reuniones. Nuevamente le pide que restrinja el amor a los parientes, que no aspire a ningún cargo, que no hable mal de la fama de otros, que no desee ser tenido en cuenta simulando enfermedad. Finalmente le aconseja que no escuche críticas, que reconozca sus caídas y que imite a unos pocos de entre muchos, aquellos de virtud probada.

PEDRO, pecador y monje, saluda en el Señor a MARINO, su joven sobrino.

[SOBRE LA PERFECTA FORMACIÓN DEL MONJE.]

CAPÍTULO PRIMERO. Qué cuidado se debe tener para mantener la castidad.

Un novato inexperto fácilmente es derribado en el primer encuentro de la batalla, a menos que, habiendo recibido antes la instrucción de un maestro de campo, sea formado con diligencia. Pero tú, que recientemente has jurado en los sacramentos de la milicia divina, que has dado tu nombre en la profesión de la santa vocación entre las alas juveniles, se te reconoce entre los mismos rudimentos de los campamentos espirituales como alguien que necesita tanto más de consejos saludables cuanto que no has emprendido una milicia terrenal, sino más bien divina. De la cual, sin duda, dice el Apóstol: «Porque aunque andamos en la carne, no militamos según la carne. Porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios» (II Cor. X).

Por lo demás, como estás unido a mí por el vínculo de la consanguinidad, pues eres mi sobrino, considero que el cuidado de tu salvación me incumbe tanto más peligrosamente cuanto que tu edad aún tierna, necesitada de ayuda ajena, parece exigirlo también por el deber de parentesco. Pues cuando el Apóstol considera que quien es promovido al ápice del episcopado debe tener hijos sujetos con toda castidad (I Tim. III), y en el catálogo de las virtudes del sacerdote también pone la castidad y obediencia de los hijos; tú, aunque no seas hijo, no mereces ser juzgado extraño a mi cuidado, ya que pareces cercano por una afinidad genuina: especialmente cuando yo mismo te he entregado el hábito monástico, no sin razón me considero exento de tus consultas. Primero de todo, amadísimo hijo, esfuérate con solícita vigilancia en guardar la castidad y excluye todo crimen de letal contaminación, para que sepas, según el Apóstol, poseer tu vaso en santificación y honor (II Tes. IV). Esta es la santidad, sin la cual nadie verá a Dios. Que se conserve la túnica de tu cuerpo limpia, y que en las bodas de tan gran rey no se encuentre manchada por la suciedad de la lujuria desenfrenada.

CAPÍTULO II. Que la sobriedad es el baluarte de la castidad.

Que la castidad esté siempre en tu cuerpo, esté siempre en tu mente; para que así los lirios de la carne indisciplinada resplandezcan como el cultivo de una tierra árida, de modo que la raíz también permanezca inquebrantable en la gracia de su verdor. La tentación de la carne titila, surgen los incentivos de la lujuria, y al instante, lanzándote a las armas apostólicas (II Cor.

XII), toma también la espada evangélica como un ferviente guerrero; y con Cristo como guía, podrás fácilmente cortar las filas rugientes y la barbarie de los enemigos. Lo único es que la sobriedad sea tu compañera indivisible cada día, y que nunca se separe de tu compañía, con la gula picando. Porque donde los poros de las entrañas están llenos de alimentos, allí sin duda la llama de la lujuria reclama su fuerza. Esta plaga se repele con sequedad, y donde falta el humor del cuerpo salvaje, también se marchita al secarse. Así como el fuego es enemigo del agua, la lujuria lo es del frío, y por eso, donde los fomentos de los alimentos abandonan el ardor genuino de la carne, es necesario que también se extinga el fervor de la lujuria. No quiero, por tanto, que te deleites en manjares más exquisitos: 757 no quiero que te entregues abundantemente al vino, ni que te atrevas a discutir alguna vez sobre la diferencia de su color o sabor. Este horroriza con su tenue acidez, aquel debilita con su debilidad venosa; este enrojece con su porrothasia, aquel resplandece con el dorado decoro de Mareotis; se prohíbe la lectura; es un vino que causa náuseas; el bautismo se ha infiltrado: esperaba vino, pero a esta agua le parece que se le ha añadido muy poco vino; a este vino, ciertamente, la vid Aminaea le ha contribuido mucho, pero la Rhaetica casi intenta superarlo. No te preocupes, pues, por saber qué sabor tiene el Arigitis, qué el Rhodia; qué acidez de suavidad compone con los Precios púrpuras y los Psythios. Todos estos son argumentos de una gula filosófica y materia de una abominable ingurgitación. En la toma de alimentos, la parquedad mitigue la aspereza, la vulgaridad sea recomendada por una degustación moderada. No basta con contener la glotonería en los alimentos más exquisitos, si no se sabe también mantener la medida en los más groseros. Pues así como en cualquier alimento vulgar se comete a veces la culpa de la gula, también en una prostituta deforme se satisface el placer de la unión. Quien está acostumbrado a llenar su estómago con una breve medida de pan seco, no sabe fácilmente juzgar sobre alimentos no grasos. Quien teme beber agua hasta la saciedad, no busca ingurgitarse con bebidas de hidromiel. Si quieres, pues, vivir entre delicias bajo las leyes de la sobriedad, también evita aflojar las riendas de la glotonería entre los mismos alimentos simples. ¿Por qué debemos buscar un alimento sabroso? que, por más que se prepare con grandes gastos, antes de entrar en la boca no nos sabe; y después de ser tragado por el torrente, el estómago, al que ha descendido, no lo distingue. Todo el camino de nuestro placer, al que servimos con tanta ambición, se concluye en la brevísima suma de un palmo. Quien desea a Cristo, y se alimenta del mismo pan, que ciertamente descendió del cielo (Juan VI), no discierne mucho de qué alimentos preciosos se hace estiércol. Por tanto, lo que no se siente después de la gula, que sea para ti lo mismo que el pan y las verduras. Pues si la gula no atesora para sí, sino para el estómago; ¿por qué elige algo como más delicado, que el estómago admite indiferentemente?

CAPÍTULO III. Que la meditación de la muerte aleja los movimientos impuros.

Para que la castidad no sufra naufragio en peligro, entre los peligros de esta vida fluctuante, la sobriedad, maestra de tu cuerpo, mantenga el timón. Siempre vigila con diligencia para alejar los pensamientos, porque no es más necesario reprimir la carne de la tentación lujuriosa que guardar la mente del fantasma de pensamientos impuros. Conozco a un hermano en Cristo, que guarda esta estricta regla de su mente con constante y vigilante atención; que cada vez que se insinúa la sugestión de la lujuria, al instante dice a su pensamiento, como si estuviera listo para partir: Vamos, dice, al circo; inmediatamente, imaginando, recorre todos los cementerios y sepulturas, examina con curiosa mirada el veneno y la podredumbre de los cadáveres, los gusanos que pululan y el jugo de las carnes fétidas; y cuando 758 considera que aquellas carnes, que antes florecían en su verdor, han sucumbido a estas molestias, no duda que su propio cuerpo pronto será lo que ya ve que son aquellas. Da ventaja a la lujuria quien presta su ojo a la corrupción; y no hay lugar para la lujuria donde la mente se ocupa de

la tumba. ¡Oh, cuántas veces ese hermano ha aplicado un cuchillo candente y un arado, como un cauterio, a sus genitales! de modo que, crepitando de algún modo el incendio de la carne perforada, parecía que el humo exhalaba hasta las narices por una especie de metáfora.

Cuando alguna vez la necesidad exija que no puedas negar tu conversación con una mujer, siempre con los ojos de reojo, y como si estuvieras atento a otra cosa, muestra tu presencia como ausente: habla desde lejos, abstente de conversar, y con la mirada fija en la tierra, no puedas juzgar si su rostro está pálido o ruborizado. Se dice que el bienaventurado Romualdo, al regresar de una conversación con la condesa Sibila, astutamente dijo a su discípulo que lo acompañaba: ¡Qué mujer de rostro elegante y hermoso, si no fuera, ay, por la pérdida de un ojo! A lo que el discípulo respondió: ¡Lejos de eso, maestro, como ciertamente su rostro es hermoso, también sus ojos, según observé sagazmente, están igualmente sanos y vigentes. A lo que el maestro, reprendiéndolo de inmediato con severa advertencia, dijo: ¿Y quién te enseñó a mirar el rostro de las mujeres? Entonces, al darse cuenta de que había sido atrapado, el discípulo se sonrojó llevado por el arrepentimiento, y prometió con obstinada determinación ser más cauteloso en el futuro. Pues el astuto adversario es un pintor, pero que fácilmente puede traer a la memoria lo visto, pero apenas puede formar en las paredes de nuestra mente las líneas de especies desconocidas para nosotros. Si quieres, pues, avanzar hacia la cima de la perfección, es necesario que te ejercites en todos los estudios de las virtudes: es decir, mientras tu edad es maleable, mientras los hábitos tiernos pueden ser llevados indiferentemente en cualquier dirección. Que los ejercicios de las virtudes crezcan junto con los mismos incrementos corporales, para que la costumbre suavice lo que la debilidad de la fragilidad humana aborrece. Ahora, pues, que la medida de tus intestinos se adapte a un pequeño alimento; para que, mientras el seno del vaso se atrae por su propio verdor, después se llene fácilmente con una pequeña medida de ración.

CAPÍTULO IV. Que el silencio es el maestro del hablar.

Que la lengua se acostumbre a contenerse bajo la censura del silencio, y aprenda callando lo que después pueda expresar con gravedad al hablar, no sea que, si ahora descuida guardar un silencio estricto, después no pueda frenar el prurito de hablar. Que las rodillas se ablanden ahora, desgastadas por frecuentes metanoias, o más bien que los demás miembros se dominen con diversas disciplinas, no sea que, como algunos, después parezcas estar duro y rígido; y manimundulus, como dicen, como si fueras a ofrecer las sagradas ofrendas de Ceres. Sé diligente en mostrar el oficio de la diligencia, y siempre dispuesto a rechazar los servicios ofrecidos, esfuérzate por servir a todos. Se ordena preparar o traer algo, levántate de inmediato y apresúrate rápidamente, para que la voz del que manda parezca haber sido dirigida principalmente a ti. Pero te advierto especialmente y con una advertencia muy estricta, que no te ofendan los ayunos privados de ningún hermano. Conozco, en efecto, los vicios de algunos semejantes a mí. Pues algunos, al ver a otros ayunando, se retuercen con tanto veneno de envidia y celos, que convierten la salud de aquellos en su propia perdición, y, por así decirlo, caen en el precipicio por la escalera del progreso ajeno. No, dicen, se puede hacer nada más que lo que la regla común del monasterio o los ejemplos de los mayores exhortan. A los cuales, sin duda, se les puede responder fácilmente que si la regla se llama así por regir, parece pertenecer más a la restricción del ayuno que a la disolución o la glotonería del vientre; y por eso, entre ellos, no sin razón deben ser juzgados mayores y sus ejemplos seguidos aquellos que, entrando por la puerta estrecha, se sabe que viven bajo las leyes de la sobriedad y la disciplina más estricta de la cruz de Cristo. Por lo tanto, cuando surge un conflicto sobre el término de la regla, aquellos deben ser más bien provocados al ayuno que estos ser contenidos del rigor del propósito asumido. No rechaces las correcciones, por duras o múltiples que sean, sino acéptalas con gusto. Así como el oro o la plata se lleva al brillo por

el pulido de la lima, así también nuestra alma, al ser corregida, se purifica de sus pecados o de una especie de suciedad oxidada. También ten cuidado de no, siguiendo el ejemplo de algunos, mientras te niegas a obedecer, calumniar con mordacidad quejumbrosa a un superior negligente, ¡Dios no lo quiera! Que Samuel vuelva a la memoria, quien sirvió tan pacientemente y con humildad a un maestro perezoso e inerte, que, llamado tres veces en el silencio de la noche intempestiva, acudió, y tantas veces no se dolió de las vigilias de su sueño interrumpido. Pues podría haberle objetado al que parecía reprocharle: ¿Por qué, dice, no te atreves a mandar con tanta autoridad a un extraño, siendo perezoso para mandar a tus hijos? Sin embargo, como atestigua la Escritura, no se enorgulleció, no murmuró quejumbroso; sino que, volando rápidamente al mandato del que ordenaba, simplemente dijo: «Aquí estoy, porque me llamaste» (I Sam. VIII).

CAPÍTULO V. Que la confesión es el remedio del pecado.

¿Has pecado alguna vez? Pues no hay hombre que no peque; y tal vez se ha sabido que la primera tabla después del naufragio es confesar la culpa con sencillez; una confesión pronta engendra fácilmente el perdón; no sea que, si se añade la defensa de la falsedad, lo que tal vez había sido apenas punzado con una aguja, parezca perforado con una ancha lanza. De ahí que, cuando David es acusado del delito cometido, tan pronto como estalla en la voz de la confesión, diciendo: «He pecado contra el Señor» (I Sam. XII), inmediatamente escuchó del profeta: «El Señor ha quitado tu pecado; no morirás.» Y ya que se ha presentado la ocasión, tampoco te privaré de esto, que algunos, establecidos desde niños en el orden de la religión, perecen solo por la desobediencia mezclada con soberbia; mientras que en el mundo muchos, después de haber cometido enormes crímenes, obtienen indulgencia por el estudio de la humildad. Pues David cometió adulterio y homicidio (I Sam. XI): pero Saúl fue desobediente a Samuel (I Sam. XIII). Pero ¿qué, que aquel, sin que nadie interviniera, obtuvo el perdón en un instante; mientras que al otro ni su propia confesión, ni la tan lúgubre y amarga y prolongada súplica del profeta lo reconciliaron? Ciertamente, si se examina la serie de las Escrituras en ambos casos, Saúl se encuentra más copioso que David en palabras de penitencia. Este, en efecto, solo dijo lo que se ha mencionado: «He pecado contra el Señor»; pero aquel: «He pecado, dice, porque he transgredido los mandamientos del Señor y tus palabras, temiendo al pueblo, y obedeciendo a su voz» (I Sam. XV). Y repitiendo lo mismo después, dice: «He pecado» (Ibid.). Además, se añadió la oración muy prolongada de Samuel, de quien se dice: «Y Samuel se entristeció, y clamó al Señor toda aquella noche»; pero se le respondió con la voz divina: «¿Hasta cuándo llorarás por Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel?» (I Sam. XVI).

CAPÍTULO VI. Por qué la confesión de David obtuvo perdón, no la de Saúl.

¿Qué es, pues, lo que hizo que la penitencia de uno fuera piadosamente aceptada; y la del otro, bajo el examen de una severidad estricta, fuera reprobada? sino que aquel, despreciando el crimen de la desobediencia con el espíritu de soberbia, no se arrepintió de corazón pleno; mientras que este, aunque pronunció pocas palabras, sus entrañas fueron llenas de la amargura del verdadero dolor, traspasadas por la espada del temor divino. Que no descuiden considerar esto, por favor, aquellos que, mientras obedecen a la desobediencia, se jactan procazmente de su inmunidad de crímenes más graves. De los cuales, en efecto, vemos a algunos frecuentar el juicio de la confesión, postrarse devotamente, acusarse más ingeniosamente que humildemente con palabras sonoras y precisas; y por eso sus costumbres nunca avanzan hacia los frutos de una corrección adecuada, porque, como Saúl, se arrepienten con la boca, pero se enorgullecen en el corazón.

Cuando estás sano, no finjas estar enfermo. ¿Te das cuenta de lo que digo? Pues eso me desagrada no poco en muchos monasterios, que algunos, con cuerpo vigoroso, que no necesitan en absoluto de la industria médica, hoy ofrecen su vena para ser sangrada por Nemitori; mañana se aplican sanguijuelas; al día siguiente construyen diversos artificios de medicinas. Mientras tanto, se muele la sémola, se cuecen pasteles cuidadosamente elaborados solo con cenizas tibias; se exploran los senos de los ríos o incluso de los mares; el mercado también no merece estar vacío, porque el pez ha buscado las profundidades del mar, no se considera infeliz infortunio si el campo piscoso se encuentra estéril, donde, sin duda, la necesidad produce abundancia y la abundancia engendra escasez. Mientras tanto, cualquier animal de la tierra o del mar que se lleve al sacrificio, es necesario buscar un cocinero experto, que, sin duda, modere los fuegos con tanto equilibrio de discreción, que llegue a los huesos con una temperatura artística y magistral, y sin embargo no queme la superficie de las carnes, como si el vapor, con ciertos trucos, pareciera saltar y no tocar los exteriores y penetrar en los interiores. ¿Qué más? Finalmente, los que se sientan, o más bien yacen, con el estómago nauseabundo, apenas pueden obligarse a probar que son verdaderas las cosas que fingen.

Nunca anheles con ambición el lugar de gobierno, mientras, a punto de partir, ignoras el día de tu propia vocación. En el mismo monasterio de Classe que ahora habitas, en nuestra época, un cierto monje ocupó el lugar de prior, quien ardientemente deseó convertirse en abad; pero mientras se esfuerza, mientras organiza conciliábulos, mientras fabrica, y maneja incansablemente los martillos de la astucia, cayendo en enfermedad, fue llevado al extremo; luego, convertido repentinamente en frenético, lo que había concebido sabiamente en su mente, lo expresaba sin saberlo con su boca. He aquí, dice, pronto lo alcanzaré, se me dará el monasterio, está la vara; la tomaré, y prevaleceré. En medio de estas palabras, falleció, dejando a los hermanos una esperanza desfavorable sobre él.

CAPÍTULO VII. Ejemplo de Zeuxis en la pintura de Venus.

Mira negligentemente a los negligentes, pero observa vigilante a los estudiosos y vigilantes sobre su alma. Esto, para que no juzgues curiosamente los males ajenos; aquello, para que te formes a ti mismo a la imagen de los buenos con la emulación de la santa imitación. Propón, pues, para ti algunos, hermanos ilustres, del conjunto del convento del monasterio, cuyos rectos pasos puedas imitar con seguridad: y para que puedas aspirar más fácilmente a lo que te conduzco, te daré un ejemplo de los antiguos. Zeuxis de Heraclea (CICERÓN, l. II De inventione) fue contratado por un gran precio por los crotoniatas, para que pintara una imagen insigne de Diana, y formara su imagen a la probadísima industria de su arte sin comparación. Pidió, sin embargo, que se reunieran todas las vírgenes de la ciudad en un solo espectáculo, para que pudiera tomar la elegancia de la obra futura de su aspecto. Pero como no era lícito que las vírgenes castas y honestas salieran en público, sus hermanos fueron llevados al gimnasio, para que el pintor, a partir de su decoro, juzgara qué pensar de la belleza más hermosa de sus hermanas. Pero como la naturaleza no atribuye a todos las mismas dotes de belleza, de modo que lo que otorga a un miembro, a menudo lo quita a otro; y así sucede que un mismo cuerpo humano, que aquí sobresale en belleza, allí sufre de deformidad; de todo aquel examen de jóvenes, el pintor eligió solo cinco, a quienes tuvo ante sus ojos para componer la elegancia de la belleza de cada uno. Pero ¿por qué se ha prolongado esta narración tan larga? Sin duda, para que también tú elijas de entre muchos a unos pocos, a cuya norma te esfuerces por formar la belleza del hombre interior con la emulación de la santa imitación. Por ejemplo, como aquel tomó de uno los ojos relucientes, de otro las orejas bien formadas, de este las mejillas blancas y sonrosadas; así también tú aprende de uno la obediencia pronta, de otro la caridad ferventísima, de este las vigili-
as de la

pernoctación, de aquel la censura del prolongado silencio; para que, como aquel trasladó las formas de diversos cuerpos a la imagen de una sola estatua, así también tú restaures en ti la imagen del verdadero Dios a partir de las diversas virtudes de los hombres santos, para que después regreses felizmente a conocer al mismo autor.

CAPÍTULO VIII. Que se debe evitar la duplicidad del corazón.

Cave la duplicidad; sé sencillo (I Cor. V), para que lo que la lengua pronuncia, la mente lo contemple. Pues el pan ázimo se establece con solidez, el fermento se corrompe con cavidades burbujeantes. En el ázimo está la verdad y la sinceridad; en el fermento está la malicia y la iniquidad. Quien camina con sencillez, es ázimo, se reviste del hombre nuevo; quien es fermento por duplicidad, permanece en el error de la antigüedad, y por ello no alcanza la gracia de la novedad. ¿De qué sirve profesarse cristiano de palabra, y en realidad ser anticristiano? Sé siempre todo en los profetas, todo en los Evangelios; ocupa tu corazón por todas partes con diversas sentencias de la Sagrada Escritura, para que ninguna parte de él quede vacía para admitir las fantasías de pensamientos vanos. Si acaso el discurso parece rudo, y la miel de Dios no sabe en la garganta de tu corazón: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras, Señor, más que la miel y el panal!» (Sal. CXVIII), ora, ayuna, y corta de ti todas las tentaciones de la delectación terrena, para que lo que no parece sabroso por sí mismo, pueda endulzarse en tu boca. Aquellos jóvenes que decidieron abstenerse de los manjares del rey, merecieron recibir en justa retribución la sabiduría y el conocimiento de todos los libros. A Daniel también, porque fue el autor de esta censura, se le añadió que percibiera el conocimiento de todas las visiones y sueños (Dan. I). Con un digno intercambio de retribución divina, para que quienes se reprimieran del placer del alimento carnal, abrieran las bocas de sus mentes a los manjares de la inteligencia espiritual. Que se seque, pues, la carne, para que la mente engordada se engruese.

CAPÍTULO IX. Consejo de San Romualdo para que guardemos la sobriedad y evitemos la hipocresía.

Exclúyanse los alimentos más suculentos, para que un juez oculto observe las guerras intestinas, y en lugar de comida de estiércol, nos ofrezca las delicias del alimento celestial. No es inapropiado aplicar lo que a menudo decía el hombre de Dios Romualdo a sus discípulos: Hermanos, decía, cuando en cualquier reunión [ustedes] se alimenten, mientras los demás están atentos a la comida, al inicio mismo de la refección absténganse: y cuando ya ellos hayan satisfecho en parte, ustedes comiencen, para que puedan evitar la mancha de la hipocresía y guardar la regla de la sobriedad sin ofensa. Además, vi a un monje de Pomposa muy erudito en la ciencia de la ley divina y en las disciplinas regulares, quien, según se decía, había acordado con un hermano que se sentaba junto a él, que la copa de vino que se le servía a cada uno, como es costumbre, ambos se contentaran diariamente con la medida de cualquiera de los dos. Evidentemente, para que de lo que correspondía a uno, ambos se sostuvieran bajo la moderación de la sobriedad; y cuando aquel compañero faltaba, en el mismo ardor del verano, que ciertamente es más intenso en ese lugar, permitía que el vino en su propia copa se agriara, hasta el punto de que a menudo encontraba gusanos burbujeando en ella. Martín, pues, calvo, que era su nombre, al llegar al final, cuando todo su cuerpo se hinchaba enormemente por el humor de la hidropesía, nos pidió a todos los que parecíamos estar junto a su lecho que nos dignáramos golpearlo con escobas uno por uno. Y cuando así, en perfecta fe y santa confesión, hubo fallecido, se apareció posteriormente en visión a un hermano. Estaba en un bosque floreciente y verdeante de una región espléndida, adornado con una túnica blanca y con un aspecto resplandeciente y brillante; yacía en un lecho

adornado con coberturas insignes y maravillosas, de lo cual basta hasta aquí, para que, mientras tejemos la historia, no excedamos los límites del compendio epistolar.

CAPÍTULO X. Que el discurso sobre asuntos seculares es impropio para los monjes.

Había decidido ya imponer silencio a la pluma; pero es avaricia ofrecer un sorbo a quien vemos secarse de larga sed. Cuídate, pues, hijo carísimo, de que alguna vez, estando dentro del claustro del monasterio, mezcles conversaciones sobre negocios seculares con los seculares: y así como desprecias referirlos, igualmente desprecia escucharlos. Que inmediatamente una santa indignación responda, y el fervor de un piadoso celo rompa de inmediato las ineptitudes del discurso desordenado: «¿Qué participación tiene la justicia con la iniquidad? ¿O qué sociedad tiene la luz con las tinieblas?» (I Cor. VI). Y en verdad, ¿qué tiene que ver el monje con las necedades seculares? ¿Qué me importa traer dentro de los muros del monasterio los foros ruidosos de los juristas, los tribunales de los jueces, las cortes de los reyes? ¿Qué tiene que ver con un hombre muerto narrar sobre batallas, contratos matrimoniales rescindidos entre tales por intervención de divorcio; ensalzar a unos por sus títulos de nobleza, infamar a otros por la novedad de los artesanos? Ocupándose vanamente en estas y semejantes tonterías, ¿qué es, pregunto, sino apartar la garganta de la clara fuente de la alabanza divina, y revolver con la boca las inmundicias del lodo cenagoso? Por lo cual, no sin razón, el Señor se queja por medio de Jeremías, diciendo: «Dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen agua» (Jer. II). Mira, pues, la misma estructura de tu claustro: he aquí que es cuadrifacética, para que evidentemente el sitio mismo te enseñe que conviene que estés apartado por todas partes del ruido de la conversación mundana. Por lo demás, es bastante indecente y deshonesto, y se prueba por completo absurdo, que lo que se acostumbra eructar en las tabernas de los posaderos, lo que se maneja comúnmente entre los telares de las tejedoras, pueda encontrar lugar en el coro de los santos monjes. Ciertamente, donde veo a los profetas y apóstoles deseando hablarme, donde veo a Cristo revelándome su Evangelio, ¿he de dejar a estos para preguntar si recientemente las naves que cruzaron el Adriático ya han llegado? ¿a cuánto se vende la sal? ¿si el impuesto del grano lo vende más caro? Que se aleje, pues, de la boca del soldado de Cristo toda ineptitud de rumor vano; y la lengua que se enrojece con la sangre del cordero inmaculado, más aún del Verbo supremo, se niegue a contaminarse con las heces del discurso ocioso. No hables mal de nadie, pero tampoco consideres digno prestar oído a los que hablan mal. Con los detractores, dice Salomón, no te mezcles; porque de repente vendrá su perdición, y ¿quién conocerá la ruina de ambos? tanto del que habla mal, como del que presta oído al que habla mal. Más bien, si la razón lo exige, reprende el crimen cometido, arremete con dureza, sin temer reprender severamente al presente; pero no laceres al ausente, ni lo muerdas con diente envidioso ante otros. Pues a menudo, no sé cómo, soportamos con ecuanimidad a quien nos reprende severamente, pero no podemos soportar a quien nos acusa siquiera de lejos. Exige de ti mismo que tu ánimo dependa siempre del ánimo del abad, y nunca sigas el juicio de tu propio corazón, sino que humildemente sigas siempre su mandato. Ora, pues, a Dios para que por medio de él, como instrumento de su verdad, te revele qué debes hacer según la disposición de su beneplácito.

CAPÍTULO XI. Que la nobleza cristiana debe buscarse en Cristo, no en los antepasados.

No te jactes nunca de la línea adornada de tus antepasados, para que no quieras vanamente gloriarte en la nobleza de un nombre ajeno. Claramente, quien es heredero de Dios y coheredero de Cristo, supera toda descendencia de linaje terrenal. Sin embargo, ser cristiano es grande, no parecerlo o decirlo; y a menudo agrada más al mundo quien desagrade a Dios. Ciertamente, la astucia versada de algunos, como si criticaran, engrandecen el nombre de sus

mayores; y, para parecer poderosos y magníficos, los acusan de soberbia o crueldad. ¿Entiendes lo que digo? Acuso a Aquiles de ser culpable de mucha sangre, para que entiendas que es valiente en el arte de la guerra. Acuso a Aníbal de la invasión de Italia, para que no dudes que es audaz y robusto. Recuerda frecuentemente orar para que, con el cuerpo postrado en la tierra, la mente se eleve al cielo. Duerme a menudo con el vientre vacío; que el sueño mitigue la sed que te acompaña al lecho. La vigilia moderada es causa de oración pura, pero la indiscreta y ociosa se convierte a menudo en materia de conversación; porque a quien, con ojos palpitantes y labios bostezantes, no le es permitido leer u orar, a veces le gusta dedicarse a las fábulas. Por lo tanto, busca el lecho tarde, levántate moderadamente para las viglias. Que el sueño preceda al acostarse, no el acostarse al sueño; para que, cuanto más difícilmente se concede la necesidad diferida, más ávidamente sea arrebatada por los miembros cansados. Mientras tanto, evita los rumores, las glorias y los aduladores halagadores, como venenos de mordeduras de serpiente, y como si fuera un antídoto desechado, que escuchen de inmediato: «Avergüéncense y retrocedan de inmediato, los que dicen de mí: ¡Bien, bien!» (Sal. LXIX). No estoy contento con nada mediocre en ti, hijo; todo lo que deseo sentir en ti es supremo, todo perfecto. Por lo tanto, dejando de lado toda pereza y torpeza de inercia, lucha contra ti mismo, combate contigo, pelea contigo: y, tomando la espada de la disciplina evangélica, corta todas las cabezas de los vicios que rugen alrededor; soportando siempre por amor a Cristo todo lo duro y áspero, considera el ejercicio de la virtud. Todo lo que parece placentero y suave a la carne, como verdaderamente un cebo del diablo, detéstalo. Quienquiera que espere encontrar en la regla monástica las blandicias de la carne, intenta exprimir jugo de un leño seco. Corta de tus labios toda burla, urbanidad, sal, chistes y bromas, como si fuera un prepucio de gentilidad. Somos discípulos de pescadores, no de oradores, para que de la boca del cristiano no resuene la latinidad de Tulio, sino la simplicidad de Cristo. Rompe todas tus propias voluntades, cíñete por todas partes con la mortificación de Cristo con el apóstol; muestra por todas partes las marcas de la cruz impresas en ti, para que cuanto más estrechamente sigas ahora las huellas del Juzgado, tanto más disfrutes después de la compañía del Juez. Saluda de mi parte a todos los santos hermanos de tu monasterio, y a los hermanos queridísimos para mí, Bonino y Pedro, si alguna vez los ves cantar más alto de lo habitual, pon en sus manos este dístico en mi nombre: Quienes con las fibras de Filomela tocan los instrumentos, Que la voz íntima del corazón concuerde bien con los modales de la boca.

Bendito sea el nombre del Señor.